Día al revés

Daniel Moreno López

Image not found.

Capítulo 1

Por fin llega el mejor momento del día: el de levantarse. Me gusta porque por fin se apaga despertador, que lleva todo el día sonando, justo a las ocho de la tarde. Me quito la cama de encima y, con energía, me voy a preparar la cena. Un buen pescado rebozado para empezar bien el día. Ya sabéis lo que dicen "la cena es la comida más importante del día". Cuando acabo, voy a ducharme. Después me quito la ropa, me pongo el pijama, me despeino y ya estoy listo para salir. Va a ser una buena noche.

Oh no… ¡No es de noche aun! Me doy cuenta en cuanto salgo de mi casa. Se ha debido de apagar tarde el despertador. Mierda. Voy a llegar pronto al instituto. Seguro que me castigan. Ayer hice los deberes, además…

Ando lo más despacio que puedo hasta la parada del autobús, tratando, inútilmente, de hacer tiempo. ¡No puedo ir tan despacio! ¡Maldita sea! Esto me pasa por hacer tanto ejercicio… Para mi desgracia, cuando llego a la parada, ahí está ya el autobús, esperándome. Y, claro, a estas horas no hay nadie, así que tengo cargar yo solo con el autobús. Con lo que pesa… Hay que ver el lado bueno, así llegaré algo más tarde a clase…

Es inútil. Por mucho que trato de retrasar el momento, llego media hora antes al instituto. Y claro, no hay nadie. Pero cuando llega el primer profesor, obviamente, me felicita por llegar tan pronto. Qué vergüenza…

Cuando por fin abren, trepo por la fachada del edificio y entro por la ventana. Ahí están, entrando, todos mis profesores, para que les de clases. Hoy tengo seis horas de clase. A primera hora "nariz castellana", a segunda "ciencias artificiales", después "educación química" y después el recreo. Odio el recreo, es muy cansado. No hago nada y después estoy hecho polvo para seguir con las clases. Al volver, tenemos "educación cartónica", "resucitemáticas" y, a última hora, "discología".

Cuando acaban las clases lo paso muy mal. Se me quedan pegadas las mesas y me cuesta un montón irme. Pero al final lo consigo. He conseguido ocultar mis deberes todo el día, por suerte. Al salir, vuelvo a coger el autobús (esta vez con algunos de mis compañeros) y vuelvo a casa, donde llega la hora de vomitar. La verdad es que normalmente llego con muchas ganas de vomitar después de la jornada, pero hoy no. Tengo el estómago abierto, será por el susto de esta mañana. Aun así, hago un esfuerzo y vomito un poco para que mi hijo, que me ha preparado el cubo para hacerlo, no se preocupe.

La hora siguiente siempre solemos mirar un rato la tele. Aunque no me gusta mucho, me aburre un poco. Es una pantalla en negro, no sé qué le ve la gente. Hoy, sin embargo, no está tan mal. Es muy divertido. Le da un reflejo gracioso y se ve negra y blanca por un lado. Incluso, si nos

fijamos, podemos ver nuestro reflejo.

Cuando mi hijo no mira, hago los deberes de clase rápidamente. Cuando los acabo y los escondo, me asomo a la ventana y llamo, muy fuerte, a mis enemigos, para quedar con ellos y dar una vuelta.

A las cinco, nos reunimos en nuestro lugar de reuniones, damos una vuelta sobre nosotros mismos y nos vamos, sin hablarnos, somos enemigos. Ojalá se pudiera quedar de vez en cuando con los amigos. Sería más divertido. Creo.

Una hora más tarde llego a mi casa. Mi hijo ha comprado churros para desayunar. Es muy bueno. Sabe que me encanta cómeme unos pocos antes de irme a dormir. No muchos, que luego me sienta mal y tengo pesadillas. Cuando termino, le doy un beso de buenos días y me voy a mi habitación. Enciendo el despertador y me meto debajo de la cama. Debo descansar para mañana. Al final no le cambiado las pilas al despertador. Bueno… mañana.

Ha sido una noche genial.